
TEOLOGÍA FUNDAMENTAL Y DOGMÁTICA

John Henry NEWMAN, *Los arrianos del siglo IV*, Madrid: Encuentro, 2020, 442 pp., 15,5 x 22, ISBN 978-84-1339-036-9.

Los arrianos en el siglo IV (1832-1871) es el primer trabajo de envergadura publicado por Newman. Encontramos ahora una traducción a nuestra lengua de la mano de Ana Rodríguez Laiz, realizada en la Universidad Pontificia de Salamanca. En este estudio, Newman aborda el origen, el desarrollo y las consecuencias de la herejía arriana, la primera gran crisis de la Iglesia después de las persecuciones. Formaba parte de una colección sobre la historia de los concilios, como paso previo a un comentario sobre los *XXXIX Artículos* de la fe anglicana. El clérigo anglicano se entregó a conciencia a la realización de este trabajo, y se adentró en los escritos de los padres de la Iglesia. Newman estaba convencido de que la antigüedad era la verdadera fuente de la fe cristiana y la base de la Iglesia anglicana. Al pretender ser un volumen divulgativo, el texto será más narrativo que histórico, en el sentido estricto de la expresión; pero el resultado final iba a ser profundamente teológico. Consiguió entregar el volumen completo el último día de julio de 1932, precisamente cuando iba a expirar el plazo. En realidad, el resultado final no fue una historia de los concilios, sino que se había centrado en Atanasio, la crisis arriana y el contexto alejandrino. Resultó ser demasiado largo y, al final, se publicó como un volumen apar-

te. Meses después, en diciembre, realizó su primer viaje por el mediterráneo con los Froude.

Lo que Newman quería destacar es que la gran masa del pueblo cristiano –los laicos– se mostró fiel a la doctrina trinitaria ortodoxa, mientras que –al menos en época arriana– la mayoría de los obispos no lo fueron. Además, en el libro subyacen las preocupaciones eclesiales, culturales y políticas del autor inglés, con lo que confrontaba la historia con la actualidad de aquel momento. El joven clérigo sostenía que el arrianismo procede de la escuela antioqueña de cuño aristotélico-sofista, liberando así a los alejandrinos de esta habitual acusación motivada por los orígenes de Arrio. Más en concreto, lo atribuye a la escuela ecléctica, si bien luego se refugió en el platonismo y en el origenismo. Además, expresa su convicción de que esta herejía no tiene un origen bíblico. Newman les acusa de pensar que la verdad se alcanza por medio de la discusión, y no tanto a partir de la oración, la meditación, la predicación y la catequesis. Arrio planteaba preguntas a sus oyentes y debatía sobre ellas por medio de controversias, en vez de escuchar la voz de la Escritura leída de un modo coral y sinfónico. Así, los arrianos llegaban a una conclusión lógica, aunque incoherente. En fin, la verdad –concluía Newman– debe

llevar a la adoración y la obediencia religiosa.

La actitud de los arrianos fue sectaria, convirtiéndose en un grupo de poder o un partido casi político dentro de la Iglesia: “tuvieron la satisfacción de encontrarse como el partido más poderoso en la Iglesia, ya que se sentían como representantes e instrumentos de los sentimientos del emperador” (III, 2, 1), que había cambiado de bando o, más bien, se mantuvo fiel a su actitud inicial. “Cambiaron entonces de repente su propio puesto por el de los católicos” (III, 2, 1), comenta con amargura Newman. Los perseguidos ahora eran los seguidores de la fe ortodoxa, mientras el emperador y la mayoría de los obispos –en una mutación admirable– apoyaban ahora la causa arriana. Pero el concilio dejó como legado “el testimonio de la Iglesia universal, los argumentos de la Escritura y la tradición local

que cada comunidad cristiana poseía ya separadamente” (III, 2, 1). “El episcopado –añade en la nota V– actuó de manera rápida y armónica en Nicea en los comienzos del arrianismo; pero como tipo o categoría de personas no jugó un buen papel en la confusión que siguió al concilio. Los laicos, en cambio, sí lo hicieron”. Ajeno a la política eclesiástica, “el pueblo católico se mostró tenaz defensor de la fe católica a lo largo y ancho de la cristiandad, cosa que no hicieron los obispos”. El *sensus fidelium* predominó sobre la política eclesiástica, más lejana a la verdad de la fe ortodoxa, a lo que añade: “Y cuando hablo de laicos incluyo entre ellos a los curas –como podríamos llamarles–, al menos en muchos lugares”.

Pablo BLANCO
 Universidad de Navarra
 DOI 10.15581/006.57.2.475